



Navidad en tres tiempos

Lo hemos sabido después. Que aquellos eran años difíciles. Muy difíciles. Cercana todavía una guerra cruel en casa, que luego comenzó más allá, para abarcar después casi el mundo entero, como una terrible maldición.

Años de aislamiento con el exterior, de cartillas de racionamiento para todo, de estraperlo, con toda su rocambolesca aventura, ¡de tantas cosas!

Y sin embargo, también entonces Navidad. Y en la bruma de los recuerdos, las ingenuas cadenas de papel. De muchos colores, cortadas a tiras primero y cerradas con un poco de engrudo después. Metros y metros de cadenas de colores, que luego adornarían la sala y el comedor y cualquier rincón de la casa si era preciso. Y entonces todo parecía diferente. ¡Era Navidad!

Puede que pasen muchos años y puede que el tiempo me haga olvidar muchas cosas. Pero creo que nunca olvidaré las cadenas de Navidad que hacíamos mis hermanos y yo, desde que empezaban las vacaciones hasta la nochebuena. Con esa especie de pedagogía casi diríamos elemental, pero tan práctica, que Dios da a las madres de familia numerosa, la nuestra encontró esa estupenda y económica manera de tenernos entretenidos, ilusionados y activos, cuando en el mercado no había tantos adornos para elegir. ¡Aquellas cadenas de colores de mis navidades de niña, qué cerca y qué lejos están!

Pero no vale perderse en nostalgias, en recuerdos, en ensueños. El hoy se nos mete por todas partes y resulta que también ahora hay Navidad. Y ahora hay corcho, y estupendas cartulinas de colores y arcilla y plásticos de mil y una clases para que los niños preparen ahora "su" Navidad.

Los he visto y he disfrutado con ellos, cuando al salir del Colegio van corriendo hasta DAU y lo invaden todo:

- ¡Una bola para la cabeza de papá Noel!
- ¡Que se me ha roto la campana!
- ¡Que me falta cartón para el traje del pastor!
- ¡Que no me sale la estrella!...

Y Eduardo Bartolí atiende a unos y a otros, rodeado de pinturas, de fieltros, de cordones, de recortes, de madera, de bolas de corcho, o de alambres, o de esas mil cosas, insignificantes al parecer, pero que al pasar por sus manos se convierten en un ángel, o en una estrella, o en un pastor, o en las mismísimas barbas largas, blancas y rizadas del mismísimo papá Noel.

Bartolí es uno de esos hombres que ve una piedra y adivina en ella una tortuga o una flor; o hace con cuatro trozos de cartón un móvil en el que bailan unas nubes al compás del arco iris o del sol. O tal vez unas mariposas llenas de colorines.

Su imaginación parece un pozo sin fondo y su entusiasmo es inagotable. Artista nato, está profundamente convencido de que en cada niño hay un montón de posibilidades capaces de plasmarse en formas, en armonía de volúmenes, en color. Sabe la importancia decisiva que puede tener en la formación de la personalidad, de la sensibilidad de los niños, el que se les ayude, se les oriente en ese camino sorprendente de la creación, de la expresión, de la comunicación. Sabe que no todo el mundo le comprende, pero es igual. O al menos continúa trabajando e inventando y preparando sus trabajos manuales como si fuera igual. A veces viene un niño y le enseña orgulloso y satisfecho aquello que ha sabido hacer y eso sólo es ya como una compensación.

Yo he visto en DAU la cara nueva de una eterna Navidad. Nada de aquellas modestas cadenas de papel, quizás la única posibilidad de los años difíciles de la postguerra. Ahora los niños tienen cantidad de materiales para elegir y un montón de ideas para copiar y arcilla y yeso y moldes para hacer, si quieren, su propio nacimiento. Y prisas y emoción y alegría, porque dentro de nada es Navidad y todo tiene que estar a punto para la Nochebuena.

Belén? ¿Papá Noel? ¿Arbol de Navidad?... No faltan voces alarmistas que nos acusan de olvidar lo nuestro, lo de siempre, para aceptar las modas que nos vienen de fuera. Para copiar, para imitar, como si todo lo de fuera, por el mero hecho de ser de fuera, tuviera una importancia mayor.

Analizar a fondo el problema nos llevaría demasiado lejos quizás. Las voces llorosas y quejumbrosas pueden tener algo de razón, es cierto. Que se ha comercializado mucho, con exceso, la Navidad, es cierto también.

Lo que importa es que los niños de ayer, los de hoy, los de mañana, puedan tener "su" Navidad. Que sepan que hay que hacer algo diferente porque no se celebra cada día el nacimiento de un Niño Redentor, aunque ese Niño nos ha traído una redención que es para cada día. Para todos los días.

Si el adorno de Navidad no sale de dentro, puede que no tenga luz ni color, aunque brille mucho e incluso nos parezca que nos hace sonreír.

¿Qué harán mañana los hijos de estos niños que hoy en DAU preparaban su Navidad? Imposible adivinar las maravillas que la ciencia pueda llegar a poner en sus manos. Cabe imaginar un sin fin de posibilidades que hoy tal vez nos parezcan más bien propias de un mundo-ficción.

No importa que el adorno sea de papel, de plástico o de no se qué todavía no descubierto fantástico material. Lo que importa es que el adorno se haga porque es Navidad. Porque todavía nos diga algo el Misterio de la Navidad.